

HISTORIA

EL OTOÑO DE LA EDAD MEDIA, por
J. Huizinga.

En el prólogo de su obra, Huizinga dice que el origen de este libro fué la necesidad de entender mejor el arte de los hermanos Van Eyck y de sus seguidores. Para ello había que ponerlo en conexión con la vida de su tiempo. *El otoño de la Edad Media* resulta, pues, un fruto de añadidura, tan rico de jugos como la añadidura de promisión bíblica.

Es el trabajo de Huizinga una visión sistemática y bien fundada sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los países Bajos, y constituye un aporte considerable a la rectificación que los conceptos relativos a la época medieval han experimentado en el último tiempo. El volumen que nos ocupa es el primer tomo de la obra, traducido por José Gaos y publicado por la Biblioteca de la *Revista de Occidente*.

Amparados por una compañía sagaz y escrupulosa, nos internamos en aquella existencia. Es la hora crepuscular de una época, en la que apuntan ya las anticipaciones de un tiempo nuevo. El autor quiere fijar los caracteres de cuanto en esos instantes se halla próximo al éxodo, el repertorio de formas que van a entrar en caducidad. Es preciso reconocer desde luego lo que Huizinga llama *el tono de la vida*. Esta era cruel, turbulenta y apasionada. Los adio-

ses y las adhesiones se extremaban hasta la muerte. Los pecados capitales de la soberbia, la avaricia y la ira se mostraron exaltados en la humanidad del siglo XV. Y fueron al mismo tiempo objeto de hondas recriminaciones.

A través de la literatura y las crónicas de aquel tiempo, desde el refrán hasta el tratado de piedad, resuena por todas partes el acre odio a los ricos, el clamor contra la codicia de los grandes.

Sin embargo, tuvo entonces el vivir un lado luminoso y bello, del cual han llegado hasta nosotros rasgos bien escasos. Durante el siglo XV halla él su refugio en la pintura y en la música y quedan resonando sus ecos en la canción popular. Pero los rastros más acentuados que alcanzan hasta nosotros son los de una irremediable melancolía, de una insatisfacción que parece orientar todo impulso hacia la fuga de este mundo. Y ello, porque la hechura de la existencia se presentaba como una cosa ineluctable. La Edad Media desconoce casi por entero la idea de perfectibilidad del hombre y su contorno. Esta idea va a ser uno de los hallazgos del siglo XVIII. La criatura humana y las cosas que la rodeaban eran así por la voluntad de Dios, y la mente medioeval no podía plantearse la concepción de superarla. Esta conciencia de fatalidad conducía fácilmente a la desesperación, mucho más cuando se creía vivir entonces los días finales del mundo.

Pero el anhelo de una vida me-

Por encuentra siempre ante sí tres caminos: el primero conduce fuera del mundo y es la negación de éste. El segundo empuja hacia su perfeccionamiento. El tercero lleva a los paraísos ilusorios, al ensueño que burla a la realidad, pero que a su vez es burlado por ella. La adopción de éste caracteriza los últimos tiempos de la Edad Media. No se trata de una solución fácil, puesto que es preciso enmascarar la vida con apariencias insinuantes, seductoras y pulcras. La masa desposeída se halla en esta forma fuera de casi todas las posibilidades. Ese hacer de la existencia un delicioso juego lleno de artificio está sólo al alcance de una minoría.

Dicho con extremada limitación, lo anterior envuelve un punto de vista próximo al que Huizinga adopta en su obra para indagar la cultura de la Edad Media en su período último. Libro substancial y denso, arroja su interpretación como duradera saeta de luz sobre las costumbres, las normas y las instituciones de un tiempo que hace señas a la curiosidad del hombre actual con gesto siempre incitante. —R. C. M.

CRITICA LITERARIA

EL CORTEJO DE MINERVA, por Luis Astrana Marín.

No es frecuente la publicación de libros como *El cortejo de Minerva* (1) en la librería española.

(1) Colección Contemporánea de Espasa Calpe. Madrid, 1930.

Este nuevo libro de don Luis Astrana Marín es un conjunto de ensayos literarios sobre escritores franceses, ingleses y españoles de los grandes siglos clásicos. Decir de estos ensayos que están basados en una documentación de primer orden no sería suficiente, con ser sin embargo un subido elogio. Como los lectores saben, el señor Astrana Marín es un eruditísimo escritor al cual se debe la divulgación de abundantes noticias sobre Shakespeare y su tiempo, en lengua española. La traducción y edición de las obras de Shakespeare con introducciones críticas y notas de que es autor el señor Astrana Marín es un mérito insigne, que estaba reservado sólo a un humanista de amplio vuelo.

Pues bien, este último rasgo también está eficazmente representado en *El cortejo de Minerva*. Un erudito menudo, que se entretuviera en letras más o menos, en detalles de poca monta, no habría podido escribir páginas tan interesantes como las que aquí vemos dedicadas al Conde de Villamediana, a Góngora, a Gracián, a Jorge Manrique, a John Fletcher, etc.

Desde luego anotemos nuestro disentiimiento con el tono de polémica, agresivo e inexplicable cuando se trata de figuras desaparecidas, que es el que emplea el autor para tratar de Villamediana y de Góngora, particularmente. Pero que ese resentimiento no nos impida reconocer el valor del resto de la obra.

En efecto, la interpretación que el autor da de la muerte misteriosa